

LA ARGENTINA QUE NACE

Por

Alberto C. Taquini hijo

Las dos caras del Bicentenario

Las manifestaciones cotidianas que vive el país no eclipsan, para el observador atento, el nacimiento de una Argentina oculta que amanece.

Resulta notorio que la esperanza que despierta el segundo Centenario se diferencia de aquella euforia nacional del primero. La potencia de nuestras praderas, la construcción del Congreso y el Teatro Colón expresaron los logros de ese presente cargado de posibilidades. Hoy en cambio, la esperanza parece escondida detrás de la Argentina casi oculta que se capacita, piensa y construye.

Un país se hace con orden lógico, aspiraciones reales y metas deseables, posibles y logrables, con información, esfuerzo y pasión de progreso. Parte de esto es el conocimiento y éste históricamente se cimienta y transmite en las Universidades.

La Argentina que nace nos ha de integrar en la sociedad Global.

¿Globalización o aislacionismo?

La globalización no es un fenómeno exclusivo de tecnología, relaciones económicas o políticas inclusivas de toda la población; es, sobre todo, una condición de la persona, de su naturaleza y de su inserción social, en la que se relaciona y convive. Concibe a todo hombre idéntico en dignidad, participe de la creación y artífice de la magnífica tarea de comprender, conservar y dominar la naturaleza. Reafirma los derechos humanos y comienza a demandar la reciprocidad fraterna, ya que ninguno vive solo para sí.

Por eso, globalizar es un proceso solidario de amor veraz, un reto infinito e inalcanzable por la falibilidad humana; es preguntarse sobre la autonomía plena de la razón o de la fe; es, ante la finitud humana, intuir un destino sobrenatural del hombre frente a la angustia de la muerte por su vocación para trascenderla.

Así, la globalización es filosóficamente un *objetivo* con una concepción moral del hombre y del mundo en el que le toca habitar.

La Argentina, pequeña en población, soslaya el reto global. El modelo aislacionista, aunque obsoleto y resquebrajado, perdura y perturba.

Pero lo nuevo emerge con poder propio. La población pide credibilidad ética y calidad institucional, lo que significa el eclipse de referentes y procederes; esto demanda la modificación de los partidos políticos y las fuerzas sindicales y empresarias del agro, la industria y los servicios.

La apertura que vislumbramos también la impulsan los jóvenes que tienen una pobre valoración de las dirigencias. Ellos participan de la cultura global por su intimidad multimedial con el «deporte espectáculo», la música rock e Internet, que los sumerge en el mundo. Ellos son nativos digitales y actores del futuro.

Demandas insoslayables

El cambio científico-tecnológico en los medios de producción, el reordenamiento social y los nuevos procesos de generación de bienes y servicios, nos someten a esa realidad. Reich, ministro de trabajo de Bill Clinton, describió el empleo de hoy: «ello demanda cambios educativos».

Estos nuevos servicios, sus realizadores, sus proveedores y sus sindicatos se multiplican y adquieren un papel más importante que el del viejo aparato laboral que se achica aceleradamente, esto reduce el poder sindical tradicional.

Los nuevos sectores enriquecen la vida del país cambiando el contenido de los partidos políticos, los gobiernos locales, provinciales y el nacional.

El proceso de desarrollo global e inclusión es limitado. La sociedad tecnológica habilitó la inclusión; el discurso crítico intenta acelerarla pero no la genera. A ello aportan místicos, poetas, artistas y músicos que intuyen e interpretan la espiritualidad del hombre, su sentir.

Es para reflexionar la encuesta de Gallup del año 2000, representativa de 1.240 millones de personas de sesenta países, sobre religión. En ella dos tercios dijo tener creencia religiosa. Otra posterior, del CONICET, muestra que en el país el 90% se consideró católico.

Esto desafía a las Universidades, ya que la investigación científica sobre los vínculos entre la razón y la fe y sobre las religiones comparadas son interrogantes académicos todavía insatisfechos. No enfrentar semejante desafío es un error, como el que en el pasado postergó la discusión de la ciencia. Einstein dijo: «La ciencia sin religión, es renga. La religión sin ciencia, es ciega».

La población mundial que en la década del '30 era de 2.000 millones de habitantes, pasó a 7.000 millones hoy, de los cuales en la Argentina sólo vive el 0,006%. Esto nos condiciona y nos presenta múltiples oportunidades. La expansión determina un aumento exponencial de las necesidades alimentarias y de agua.

Nuestro país, con recursos naturales magníficos y una tecnología en manos de una fuerza laboral capacitada, mostró con la crisis de la Resolución 125 la existencia de una nueva presencia pública todavía circunscrita a procesos y cultivos primarios tradicionales.

Aparecerán múltiples productos agroalimentarios y nuevos procesos de llegada a la mesa de cada persona. A esto se agregarán demandas bioenergéticas, se determinará el crecimiento del sector y otra relación entre las organizaciones sectoriales.

Ante todas estas obviedades, la pregunta es: ¿A qué se debe nuestra crisis y quiénes harán el cambio?

La educación como respuesta

La generación del '80, con la Ley 1420, acompañó a una Argentina que llegó exitosa al Centenario. Sus hombres fueron protagonistas, pero hoy, con esa preparación no alcanza. La escuela es insuficiente para la complejidad y diversidad de la sociedad global y para los desafíos productivos y culturales del presente.

El país necesita otro nivel de capacitación. Sin ella, la participación en el progreso global no se logrará. Ésta es una de las razones de la frustración: el mundo cambió y amplió la demanda de conocimientos y nuestra educación se quedó en el viejo modelo de la escuela.

Para atender ese déficit fue nuestro Plan, que se puso en marcha con la creación de la Universidad Nacional de Río Cuarto en 1971 y que se esparció a todas las provincias y áreas altamente pobladas del país.

Las Universidades creadas desde entonces están creciendo al compás de nuestros tiempos difíciles y por ello no han alcanzado la ejemplaridad que anhelamos. Preocupa que la autonomía académica se esté esfumando de la vida universitaria, esto conspira contra la vida científica. También preocupa el mayor interés por ingresar alumnos que por su formación o la producción de conocimiento.

Sin embargo, lo que es innegable es que gracias a estas Universidades se forman los niveles más altos de la cultura nacional y que ellas tienen relación con los desafíos universales.

El cambio positivo es manifiesto: aparecen con el nacimiento de cada Universidad nuevos protagonistas. Ellos son sus investigadores, que indagan en lo desconocido, sus docentes, transmitiendo lo avanzado de la cultura, sus alumnos que se forman cultural y socialmente en los mejores niveles; todos enriqueciendo el contenido de cada discurso local con el que los medios de comunicación impregnan a la ciudadanía.

A partir de Río Cuarto, en cada nueva Universidad se reitera este proceso, con ello la sociedad argentina enfrenta mejor los innumerables desafíos de la hora actual, enriqueciendo con esa realidad al poder político.

La aparición de las nuevas Universidades, en momentos de violencia y de muerte que atravesaron la vida del país, fue una pacífica revolución que está impulsando la transformación con que esperanzadamente llegamos a este segundo Centenario.